EL COMERCIO.

Guayaquil, Junio 21 de 1878.

LEJITIMIDAD

DE LAS FACULTADES EXTRAORDINARIAS.

Los enemigos de la actual administración, que conspiran por sistema, no se ocupan sino de propalar todo género de falsedades, y desaprobar las medidas que se toman para reprimir tendencias reaccionarias. No contentos con haber declamado acriminadamente contra las facultades extraordinarias, que la Asamblea nacional otorgó al Ejecutivo, han dicho además que al conceder selas se ha procedido con omisión de los trámites parlamentarios y constitucionales, por no haberse discutido en tres sesiones, sino en una sola.

Aunque esto no merece el honor de la refutación, hagamos, sin embargo, algunas observaciones, para demostrar que las facultades extraordinarias han sido lejitimamente concedidas. Nuestra misión es poner siempre la verdad en relieve, esto es, hacerla resaltar, para que todos la miren, no al traves de sofisticas aseveraciones que la desfigurán, sino ante la evidencia de los hechos que la esclarecen.

Las facultades extraordinarias, consignadas en el artículo 80 de la Constitución han sido discutidas en tres sesiones distintas y en diferentes días; y, después de una acalorada y prolongada discusión, la Asamblea constituyente las ha declarado necesarias, y ha hecho de esa declaratoria una parte integrante de la carta fundamental. Estando, pues, ya discutidas, sancionadas y promulgadas las facultades extraordinarias, es evidente que el acto de investir con ellas al Ejecutivo, no es sino una formalidad legislativa, que se evacua en una sola sesión.

Si todo acto del Cuerpo Soberano debiera evacuaras fatal y necesaria mente en tres discusiones, y siendo la clausura de los trabajos diarios un verdadero acto de la Asamblea no podían cerrarse las sesiones sin el previo requisito de una triple discusión. Otro tanto se puede decir respecto á la apertura de las sesiones. De tal manera que la Asamblea constituyente no podía abrir ni cerrar sus trabajos, sin discutir esos mismos actos por tres veces y en diferentes días. Por manera que lo menos tres días antes se debía discutir sobre si se abren ó se cierran las tareas parlamentarias de cada día; lo que es absurdo y contradictorio.

Y mirando la cuestion bajo otro punto de vista encontramos que la mente de los legisladores no ha podido ser jamás la de que pase por tres discusiones la concesion de las extraordinarias, desde que en el mismo

artículo 80 se dispone que cuando el Congreso estuviere en receso, el Consejo de Estado será quien conceda ó niegue las facultades extraordinarias al Ejecutivo, en mérito del informe que este presentare; y no se ha hecho, ni ha podido hacerse mención de las tres discusiones. Y si el Consejo de Estado, que es una entidad muy subalterna á la gran Asamblea nacional, tiene la amplia facultad de conceder ó negar las extraordinarias, sin necesidad de una triple discusión ¿se podrá creer q' la Constituyente quiso limitar su esfera de accion, sometién-dose á la necesidad fatal de tres discusiones, y ampliar la del Consejo de Estado, escimiéndolo de esa circunstancia? ¿Se podrá imaginar sin absurdo que lo que puede el Consejo, no puede la Convencion, y que en el caso de presentarse una invasion exterior ó conmocion interior, estando reunido el Congreso constituyente, ó el ordinario, tenga el Cuerpo soberano que decir á los invasores ó al cardos *aguardense ustedes un poco, mientras yo concedo en tres discusiones las facultades extraordinarias?*

Muchos ejemplos podriamos citar en corroboracion de esta doctrina; pero bástenos uno, que, por las circunstancias que lo caracterizan, arguye definitivamente contra los *Espectadores de Ambato*. Nadie habrá olvidado todavía que la Convencion de 1861 otorgó á García Moreno, en una sola sesión, facultades extraordinarias, con motivo de haber aparecido un buque de guerra peruano, en la ría de Guayaquil. Y hubo por ventura alguno que levantara la voz contra ese acto legislativo, calificándolo de inconstitucional por no haber tenido tres discusiones?

Hagamos otra reflexión para poner en mayor transparencia el frívolo argumento de los que, en desahogo de sus pasiones, dicen que las facultades extraordinarias, concedidas por la Convencion al Ejecutivo, *no han llenado los trámites parlamentarios y constitucionales de los tres debates que escisje el artículo 50 de la Carta fundamental de la República.* ¿Y qué es lo que dice el artículo citado? Dice literalmente lo que sigue.

"Si un proyecto de ley, ó cualquier otro acto legislativo, no fuere admitido, se diferirá hasta la Legislatura siguiente, á no ser que se propusiera de nuevo con modificaciones; y si fuere admitido, se discutirá en cada una de las dos cámaras, en tres sesiones distintas y en diferentes días". Si: EN CADA UNA DE LAS DOS CAMARAS, señores *Espectadores*: esto es lo que dice el artículo que invocais. ¿Y á qué cámaras queriais remitir la discusión de las extraordinarias? Os habeis cegado con las cataratas de la pasion, para no ver que citais impertinentemente un artículo que trata de los proyectos de ley ú otros actos legislativos que tuvieren

lugar en los futuros congresos ordinarios

Luego queda demostrado, como una verdad matemática, que las facultades extraordinarias de que se halla investido el Ejecutivo, son lejitimas, y que de ninguna manera pueden ser violatorias de la Constitución, como lo dán á entender los mismos q' las han hecho necesarias, y que habrian querido ver al Gobierno con las manos atadas, para dar el golpe revolucionario y envolver el país en grandes calamidades.

EXTERIOR.

BRASIL.

TERRIBLE HURACAN.

En Pelotas (Brasil) ha dejado imperecederos recuerdos el huracan que durante 15 minutos reinó con extraordinaria violencia el 16 de abril de cuatro á cinco de la tarde.

En el puerto, el agua del rio San Gonzalo era levantada por el viento y arrojada á gran distancia en forma de lluvia. Diez ó doce buques de cabotaje rompieron sus amarras, y chocaron entre si, se hundieron algunos con pérdida de vidas, mientras que otros, mas afortunados, sufrieron averías ó encallaron en la orilla.

En tierra volaron las pilas de tablas como si fueran hojas, fueron desarraigados árboles corpulentos y derrumbadas muchas paredes.

Era difícil caminar por las calles, y hubo necesidad de interrumpir el servicio de los tranvias á causa de los escombros aglomerados en los rieles.

REPUBLICA ARGENTINA.

COMBATE EN SANTA FÉ.

Higueritas, abril 27 de 1878.

Al señor gobernador de la provincia doctor don Simon de Iriando.

Señor gobernador.—En este momento, que son las diez de la mañana, se concluye el combate que durante media hora he sostenido con las fuerzas revolucionarias, que han sido completamente derrotadas. Los enemigos formarían como 500 hombres, entre los que se contaban 80 ó 60 infantes comandados por Villalba, los Iturraspe, los Leiva, los Almadras [entre-rinios] y Antonio Descalzo; no puedo dar detalles á V. E.; estoy haciendo operaciones: rodeo una isleta donde se ha refugiado mucha gente, pero de los partes recibidos resulta que hay como veinte muertos, muchos heridos y como 170 entre prisioneros y pasados; de nuestra parte parecen diez heridos, entre ellos el capitán Cepeda, ninguno de gravedad.

Recomiendo á V. E. tenga en consideración la digna y heroica conducta de todos los jefes, oficiales y tropas que han estado bajo mis órdenes y que han combatido con una bravura y bizarría extraordinarias, muy especialmente el capitán Cepeda y soldados del batallon 7 de Abril. Daré á V. E. mas detalles así que pueda darme cuenta completa de los sucesos.

Dios guarde á V. E. —RAIMUNDO OROSO.

—Ya no hay agua, Axel, sino una especie de pasta lúvica que nos eleva consigo hasta el orificio del cráter.

La columna líquida había desaparecido, en efecto, para ser reemplazada por materias eruptivas bastante densas, aunque hirvientes; la temperatura era irresistible, pues un termómetro habría marcado en aquella atmósfera más de setenta grados! El sudor me inundaba; á no ser por la rapidez de la ascension, seguramente habriamos perecido sofocados.

El profesor no repitió su proposicion de abandonar la balsa; y á fé que hizo bien, pues aquellas vigas mal unidas, ofrecían una superficie sólida, un punto de apoyo que nos hubiera faltado en cualquier otro sitio.

Hacia las ocho de la mañana se produjo un nuevo incidente por primera vez: el movimiento ascensional cesó de pronto; la balsa permanecía del todo inmóvil.

—¿Qué es esto? exclamé, al sentirme acudido por aquella súbita detencion como por un choque.

—Es un alto, contestó mi tio.

—Será que la erupcion se calma?

—Creo que no.

Levantéme y quise mirar al rededor: acaso la balsa detenida por una sobrealente roca, oponía una resistencia momentánea á la masa eruptiva; en tal caso era preciso desprenderlo cuanto antes.

No sucedía nada de esto: la columna de cenizas, de escórias y de restos pedregosos, había dejado tambien de subir.

—Se detiene por ventura la erupcion? exclamé.

INUNDACIONES.

Una gran parte de la ciudad de Guayaquil está inundada á causa de la crecida del rio Paraná.

El jefe político del departamento ha tomado medidas para evitar desastres.

CHILE.

GRAN TEMPORAL, PERDIDAS DE VIDA Y VIDAR.

Enormes destrozos en toda la ribera. (Mayo 31)

Desgraciadamente se realizaron anoche las siniestras predicciones del barómetro, que desde temprano bajó á normal en tercer grado, á las diez volvió un poco, y en seguida volvió á bajar, llegando al entrar la noche á 28. 53, punto extraordinariamente bajo.

Pero por mucho que se temiesen los resultados, nadie pudo imaginarse la magnitud de la realidad.

El mar empezó á agitarse desde temprano con el viento del noroeste, que aumentó por momentos. A la sazón todos los preparativos para resistir al temporal en tierra como á bordo.

A las diez de la mañana ya el mar amenazador y el viento seguía mas á pesar de que caían algunas neblinas de agua.

A las cuatro de la tarde el temporal era deshecho, é imponente el aspecto mar con sus olas gigantescas.

A esa hora se iba una chata á la playa y varios buques empezaban á gurrar.

Cuando entraba la noche se iba otra que á la playa del Almendral, la *Olga*, dejando en el animo del público una triste impresion. Había entrado la noche, es decir, caía el telon, y pendiente el trájico desenlace del drama marítimo, desenlace que todos veían: una verdadera catástrofe.

El viento, mientras tanto, lejos de disminuir, arreciaba mas y mas. Los vientos de la esplanada y la esplanada misma grandes destrozos, especialmente en la hora de la pleamar.

Otro tanto sucedía con la línea del ferrocarril en la playa del Almendral.

Las olas reventaban desde una cascada como montañas nevadas venían azotaban en el malecon, luego salían corrian por la esplanada, yéndose á perderse, formando resaca, en los edificios, incluso los de Goyenechea, que destruyó puertas y penetró en el mismo que en los demás de la calle Blanco.

Algunos pescantes del malecon se abajó envueltos en las olas, y otros por menos sufrían averías.

Los esqueletos de los baños de la britanica eran tambien destruidos.

En fin, cuando oponia alguna resistencia á las olas sufría destrozos ó era arrebatado por el mar.

A la sazon corrian alarmantes sobre los buques que se iban á la playa del Almendral en medio del temporal y de la noche mas oscura.

salvacion de las tripulaciones era casi imposible.

Como hasta la media noche el viento mantuvo firme, pero la agitacion del mar duró mas tiempo, consumando su obra de destruccion.

—Ah! exclamé el profesor, ¿lo veis así, hijo mio? pero tranquilízate, propiamente momento de calma no puede prolongarse mucho; ya dura cinco minutos, y pronto poco continuaremos nuestra ascension al orificio del cráter.

Al hablar así mi tio, no dejaba de saltar su cronómetro, y una vez más tener razon en sus pronósticos. Bueno, se recorrió la balsa un movimiento rotatorio desordenado que duró unos dos minutos, despues volvió á detenerse.

—Bueno, dijo mi tio, mirando la balsa diez minutos estaremos de nuevo en el orificio del cráter.

—Diez minutos!

—Si: se trata de un volcan cuya actividad es intermitente; nos deja respirar un momento.

Nada era más cierto: en el momento señalado, fomos impelidos de nuevo en una tremenda ráfaga: tuvimos que agarrarnos las tablas para no ir á parar fuera de la balsa, que á poco se volvió á detener.

He reflexionado despues sobre este particular fenómeno, sin encontrar una explicacion satisfactoria; más, pareceme evidente que no ocupábamos la chimenea primitiva del volcan, sino un conducto accesorio, que dejaba sentir el retroceso.

No podría decir cuántas veces se repitió aquel efecto: todo lo que me es dado decir es que cada vez que continuaba el movimiento éramos lanzados con fuerza creciente y como si nos llevara un viento proyectil. Durante las paradas nos abamos, en los momentos de proyeccion, átre abrasador me cortaba la respiracion. Pensé un momento en el placer de volverme

FOLLETIN.

VIAJE

AL CENTRO DE LA TIERRA

POR

JULIO VERNE.

Evidentemente, éramos impelidos por una corriente eruptiva; debajo de la balsa había agua en ebullicion, y despues de estas todas una pasta de lava, un agregado de rocas, que en la cima del cráter se dispersaban en todos sentidos. Estábamos, pues, en la chimenea de un volcan: no cabía la menor duda sobre este punto.

Pero esta vez, en lugar del Sneffels, volcan apagado, tratábase de uno en plena actividad. Preguntábase yo, pues, cuál podía ser aquella montaña, y á qué parte del mundo íbamos á ser lanzados.

No cabía duda que á las regiones septentrionales; antes de trancorsarse la brújula, no había variado nunca en este punto. Desde el cabo Saknusemm habíamos sido impelidos directamente al norte de un espacio vuelto á Islandia de leguas, pero ¿habíamos cráter del Hecla, ó seríamos lanzados por el monteañas ligníferas de la isla? En un radio de quinientas leguas, al Oeste, no veía yo bajo este paralelo sino los volcanes poco

conocidos de la costa noroeste de América: en el Este existía uno solo á los 24 de latitud, el Esk, en la isla de Juan Mayen, no lejos del Spitzberg. Seguramente que no faltaban los cráteres; y eran suficientemente espaciosos para vomitar todo un ejército; pero lo que yo trataba de adivinar era cuál nos serviría de salida.

Hacia la mañana se aceleró el movimiento ascensional; si el calor acrecia en vez de disminuir en las inmediaciones de la superficie del globo, esto indicaba que era local, y debido á una influencia volcánica. Nuestro género de locomocion no me permitía ya abrigar la menor duda: una fuerza enorme, fuerza de varios centenares de atmósferas, producida por los vapores acumulados en el seno de la tierra, nos impelia irresistiblemente; pero ¿á qué innumerables peligros nos exponía!

Bien pronto penetraron en la galería vertical amarillentos reflejos; ensanchóse aquella; vi á derecha é izquierda corredores profundos, semejantes á inmensos túneles, donde se escapaban espesos vapores, lenguas de fuego que lamían las paredes produciendo un chisporroteo.

—¡Mirad, mirad, tio! exclamé entoncés.

—¡Y bien! esa son llamas sulfurosas; nada más natural en una erupcion.

—Pero ¿y si nos rodean?

—No tengas cuidado, —¡Y si nos ahogamos?

—No nos ahogaremos; la galería se ensancha; y si es preciso abandonáremos la balsa para refugiarlos en alguna grieta.

—¡Y el agua, el agua que sube!

HORRIBLE DRAMA MARITIMO.

INCENDIO DEL VAPOR "SPHYNX"

600 víctimas.

(Traducción de Los Tiempos.)

Antes de entrar en los detalles de este espantoso suceso que ha conmovido profundamente á todo el Levante, conviene decir unas cuantas palabras sobre la nacionalidad y origen de las víctimas de esta trágica espantosa.

En la época de las guerras que tuvieron lugar á principios de este siglo entre la Rusia y el imperio Otomano, muchas tribus de origen turcomano, y kalmuco, que habitaban la Circasia y los alrededores del Cáucaso, prefirieron emigrar antes que someterse al yugo cristiano. El gobierno otomano, contento de atraerse poblaciones guerreras y fanáticamente consagradas á la religión musulmana, se hizo cargo de la suerte de estos emigrados y les proporcionó tierras en Bulgaria y Rumania.

Este pueblo, conocido en el Levante con el nombre genérico de Tcherkesses, que marchaba siempre armado y tenía un carácter sanguinario y ladrón, fué al principio el terror de sus vecinos; pero poco á poco sus costumbres se fueron suavizando y vivía tranquilo é inofensivo allí donde la Sublime Puerta lo había establecido, cuando la guerra actual vino á arrojarlo una vez más de sus hogares.

Estas desgracias no tardaron en despertar nuevamente el amor á la sangre y la rapina que todo buen tcherkesse lleva en su corazón, y han sido estos hombres principalmente los que, bajo el nombre de Bachtibozouks, han dado á la última guerra un carácter tan salvaje.

El gobierno turco, obligado hoy á atender nuevamente á las necesidades de estas tribus, se ha decidido á trasportarlas á la Turquía de Asia, en donde inmensas llanuras de incalculable riqueza están convertidas en eriales por falta de brazos para cultivarlas.

El 3 de marzo último, 3,500 tcherkeses, de los cuales 2,000 eran mujeres y niños, fueron embarcados en la *cabote* (Rumania) en el vapor *Sphynx*, de la compañía austriaca del Lloyd. Este buque debía trasportarlos á *Lattakie* (Siria).

El 5 de marzo el *Sphynx*, sorprendido por una violenta ráfaga del Oeste, se fué á tierra á las 9 de la noche, no lejos del cabo Ecea, en la parte oriental de la isla de Chipre. A pesar del terror y desorden que este naufragio en medio de la oscuridad de la noche, había esparcido sobre esa multitud amontonada á bordo, la situación estaba muy léjos de ser desesperada.

El buque, en efecto, había tocado bastante cerca de la costa, y debía contarse por trasportar á todo el mundo á tierra sano y salvo. El capitán tomaba las primeras disposiciones con ese fin, cuando repentinamente espesas columnas de humo salieron del interior de la embarcación por las escotillas situadas á proa de la chimenea. Con una abnegación superior á todo elogio, el capitán seguido de sus oficiales, se precipitó al interior del buque para conocer las causas del incendio, y hacer subir sobre cubierta á todos los pasajeros.

A pesar de todos sus esfuerzos, 500 personas, poco más ó menos, aturdido por el miedo y cegadas por el humo, no pudieron encontrar las escaleras, y se quedaron en el interior del buque.

Mientras tanto, el incendio crecía en intensidad, el palo de mesana acababa de rendirse abrasado por las llamas, aplastando en su caída á más de 30 personas, y se aproximaba el momento en que el fuego, devorando las embarcaciones, iba á arrebatar á los desgraciados naufragos la última esperanza de salvación.

Muchos de ellos se habían arrojado al agua y habían perecido. Un sólo medio quedaba aun para detener los progresos del incendio, y era cerrar herméticamente las escotillas para impedir la introducción del aire en el interior.

Colocado en la horrible alternativa de condenar 3,500 personas á una muerte espantosa ó sacrificar 560 por la salvación de las otras, el capitán tuvo un momento de terrible angustia. Vencido al fin por la necesidad, dió, con las lágrimas en los ojos, la orden de cerrar las escotillas.

Acababa de condenar á muerte, á una muerte atroz, á los 560 infelices encerrados en el fondo de la nave!

Gracias á esta medida, el fuego disminuyó poco á poco, y se pudo proceder con seguridad al salvamento de los sobrevivientes.

Pero no habían terminado ahí las tribulaciones del desgraciado capitán del *Sphynx*. Llegados á tierra, los tcherkeses, libres ya del temor de la muerte, acusaron á los austriacos de haber pegado fuego al buque, y se disponían á degollarlos, cuando el *moukhtar* [alcalde] de una aldea turca vecina se interpuso y obtuvo una tregua en favor de los desgraciados marinos.

Durante la noche siguiente, cuando todo reposaba en el campamento que la tribu había formado en la playa, el capitán y su equipaje compuesto de 84 hombres, pudieron escaparse gracias á la protección del *moukhtar*.

Sería difícil describir los sufrimientos de estos desgraciados, de los que la mayor parte tenían los pies quemados, marchando al azar, presas del hambre y del terror de ser perseguidos, al travez de los pantanos y los zarzales que cubren esa parte de la isla de Chipre. Al fin, después de doce horas de marchas forzadas, llegaron á la aldea de *Tricomio*.

Allí el crucero francés el *Linois*, cuyo socorro se había pedido por telégrafo, los tomó á su bordo, y trasportándose en seguida al lugar del siniestro, efectuó el salvamento de lo poco que había dejado intacto á bordo del *Sphynx* el incendio y el carácter rapaz de los tcherkeses.

En cuanto á éstos, están todavía acampados frente al sitio del naufragio, y el gobierno turco, con lo incuria que le caracteriza, los abandona, presa del hambre, mal consejero para todos y especialmente para tribus semi-salvajes, en las que el amor al pillaje no necesita ser muy excitado. Toda la población de Chipre se encuentra sumida en el terror, esperando por momentos presenciar terribles matanzas; sin embargo de que es posible que á este respecto haya mucha exageración, pues no hay jentes mas metulosas que los *raias levantinos* [súbditos cristianos del imperio otomano].

Las causas del incendio no son conocidas ni lo serán jamás probablemente. Sin embargo, se supone que los sacudimientos experimentados por el buque en el momento del naufragio, hayan dispersado en todas direcciones los tizones de los fuegos que los tcherkeses encienden en cualquier parte para calentarse y hacer de comer, sin cuidarse mucho de las consecuencias.

Hans me había librado de la muerte cuando rodaba por los flancos del crater.

— ¿Dónde estamos? preguntó mi tío, que parecía muy irritado por haber vuelto á tierra.

El cazador se enojó de hombros, dando así á entender que lo ignoraba.

— En Islandia, contesté yo.

— ¡Nej, repuso Hans.

— ¿Cómo no! gritó el profesor.

— Hans se engaña, dije yo levantándose.

Después de las innumerables sorpresas de aquel viaje, aun nos estaba reservada otra. Esperaba ver un cono cubierto de nieves eternas, en medio de los áridos desiertos de las regiones septentrionales, bajo los pálidos rayos de un cielo polar, más allá de las latitudes más elevadas; y en contra de todas estas previsiones, mi tío, el islandés y yo estábamos tendidos en el fianco de una montaña calcinada por los ardores del sol que nos abrasaba.

No quería dar crédito á mis ojos; pero el calor que sentía mi cuerpo no me permitía dudarlo. Hemos salido medio desnudos del crater, y el astro radiante, al que no habíamos visto hácia dos meses, mostrábase con nosotros pródigo de luz y de calor, inundándonos con sus espléndidos rayos.

Cuando mi vista se hubo acostumbrado á aquel brillo del que habíamos estado privados tanto tiempo, traté de rectificar los errores de mi imaginación. Por lo ménos, debía hallarme en el Spitzberg, y no me sentía dispuesto á renunciar fácilmente á esta desgracia.

El profesor, que fué el primero en tomar la palabra, dijo:

Los detalles son perfectamente exactos, pues he sido testigo ocular de algunos de ellos, y los demas me han sido transmitidos por los jefes de la tribu tcherkesse y por el capitán Ricardo Ivanich, comandante del *Sphynx*. El número de las víctimas puede ser evaluado, con toda seguridad, en 600 por lo ménos.

[De "La Patria" de Valparaiso.]

VARIEDADES.

ILUSION Y REALIDAD.

[Por Soledad Acosta de Samper.]

II.

Algunos meses despues celebraban en el pueblo del valle la Noche-buena.

Sofía y Sara quisieron asistir á la misa de media noche vulgarmente llamada *de gallo*. En todo tiempo las doce de la noche ha sido una hora misteriosa para los sencillos habitantes de aquella provincia; y para muy pocos habia sonado hallándose ella fuera de su cama, viniendo á ser un acontecimiento extraordinario que formaba época en la vida al oír dar la solemne hora sin haber dormido. Así fué que las acompañadas de la familia que accedieron á acompañar á las dos niñas á la iglesia, para no pasar por calaveras se acostaron á las ocho, á fin de estar bien despiertas á media noche.

Sofía propuso á su prima que se estuviesen levantadas hasta la hora de ir á misa. — Y cómo pasaremos la noche dijo Sara bostezando; todos duermen.

— ¿Cómo!... Te divertiré contandote cuentos como á una niña llorona.

Sofía y Sara se fueron á recostar contra la media puerta de la sala que daba á la plaza del pueblo. Todo dormía... la noche estaba bellísima; la suave luna iluminaba con su plateada luz el espacio abierto: el campanario de la iglesia proyectaba su negra sombra sobre la plaza, como un pensamiento de duelo en una vida dichosa. Todo dormía: un ténue venticello barria lentamente las escarmentadas nubes del cielo azul turquí en que resaltaban como blancos lirios en un jardín, en tanto que los cerros semejan un velo de trasparente gasa. Todo dormía... el perfume de los azahares y jazmines se esparcía por el ambiente impresionando el alma como las palabras suaves y los recuerdos tiernos...

Oh! exclamó Sofía, qué linda noche, Sara mía; no sería acaso un crimen de lesa naturaleza el irnos á dormir ahora? Dudiera yo (como dice un poeta hablando de un sonido armónico) absorverme en uno de esos rayos plateados y perderme con él en la inmensidad del espacio! Si supieras, Sara, cómo me aterra la vida, como me asusta la idea de todas las vulgares vicisitudes que me aguardan!... Mucho me temo que mi vida se pase en medio de una fastidiosa quietud del espíritu, sin la actividad intelectual que tanto anhelo. Agítase es vivir, aunque sea sufriendo. Sin emociones no se comprende la dicha: y la existencia en un pueblo así arrinconado es tan vana, tan ridicula, tan monótona, tan inútil!

Dos fervientes y angustiosas lágrimas bajaron lentamente por las mejillas de Sofía y cayeron sobre la frente de su prima.

— ¿Qué tienes! exclamó ésta al sentirlas. Por qué tanta tristeza? Tu no sabes cuánto te quiero y cuánto gozaria en consolarte!

— En efecto, he aquí un país que no me parece Islandia.

— ¿Será la isla de Juan Mayen? preguntó yo.

— Tampoco, hijo mío, este no es un volcan del Norte con sus colinas de granito y su casquete de nieve.

— Pero...

— Mira, Axel, mira!

Sobre nuestra cabeza, á la distancia de unos quinientos pies cuando más, abriase el crater de un volcan por el cual se escapaba, por intervalos de un cuarto de hora, con una fuerte detonación, una elevada columna de llamas, mezcladas con piedras, lavas y cenizas. Yo sentía las convulsiones de la montaña, que respirando á la manera de las ballenas, lanzaba de vez en cuando el fuego y el aire por sus enormes oídos. Debajo de nosotros, y por una pendiente bastante rápida, desarrollábase una sábana de matexas eruptivas, hasta una profundidad de siete á ochocientos pies, lo cual no daba para el volcan una altura total de trescientas toesas; y se desaparecía en grupo de árboles verdes entre los cuales distinguí olivos, higueras y viñas con rojos racimos.

Aquel no era el aspecto de las regiones árticas; forzoso fué reconocerlo así.

Después de haber franqueado la mirada aquel verde recinto, iba á perderse en las aguas de un mar admirable ó de un lago, que convertían aquella tierra encanada en una ancha isla de algunas leguas apenas. Veíase hacia levante un pequeño puerto precedido de algunas casas, y en el cual se balanceaban, al capricho de las azuladas ondas, unos buques de forma particular. Mas allá sobre-

— Lo creo, Sara; tú eres única persona en quien tengo completa confianza; y tan vez será la única en mi vida. Pero añadió al cabo de un momento, sacudiendo la cabeza con ademán de burla) yo no te he convidado á pasar la noche oyendo mis locos devaneos. Nunca puedo explicarme esta melancolía que me acompaña desde mi mas tierna niñez, ni este tedio de la vida que me domina, esta pereza, por decirlo así, que se apodera de mi espíritu algunas veces. Será tal vez un presentimiento?... Basta ya de reflexiones filosóficas. Ven; sentémonos aquí; y apoya tu cabeza sobre mi hombro. He ofrecido no dejarte dormir. Qué quieres que te cuente! Escoge, hija mía, Quieres una historia bien tierna, ó alguna aventura misteriosa ó un acontecimiento triste?

— No, nada triste. A mí no me gusta la melancolía como á tí: el dolor me espanta y no hallo poesía en la tristeza, sino penosísima realidad.

— Poco me gustan los hechos históricos. Cuéntame alguna novela bella y romántica, pero que tenga un fin dichoso.

— Te gustará lo que quier referir, dijo sonriéndose Sofía. Los héroes son dos: un jóven estudiante, risueño y sentimental al mismo tiempo, y una niña de ojos grandes, garzos y hechiceros que...

— Sofía, Sofía, prorumpió Sara, tapándole la boca con las manos, no te burles de mí.

— ¿Cómo! tan poca modestia tienes que te has reconocido en la niña de ojos hechiceros? No me permites hablar de la historia que leo diariamente en el fondo de tu corazón!

En pláticas como estas, alegres y chanceras, íntimas ó irónicas, Sofía y Sara pasaron las horas de la velada.

Poco á poco se empezó á sentir cierto rumor en la aldea, como de muchas jentes que andaban en la plaza y hablaban en voz baja. Al fin las campanas rompieron á tocar alegremente, despertando á los perezosos, y luego se oyeron algunos cohetes lejanos; creció el rumor y sonaron por todas partes gritos y cantos de gozo. Derrepente rasgaron el aire los ruidosos acordes de la banda de música de la aldea, que se había situado en el altozano, anunciando la ceremonia religiosa con acompasados vals y cadenciosas contradanzas.

— ¡Albrujá! exclamó Sofía, levantándose con toda la vivacidad de la infancia. Ya es tiempo... vámonos! Divirtámonos, añadió; á misa; á misa!

— Eso llamas diversion! preguntó escandalizada Sara, que se enjugaba los ojos, enternecida aún con lo último que le había referido su prima.

— ¡Llamémos cada cosa por su nombre, contestó Sofía. Ir á misa de gallo, no es un acto religioso, sino una distracción.

El estrepitoso júbilo de Sofía duró un momento: al llegar á la puerta de la iglesia ya había pasado, quedando gata y pensativa. Al tiempo de arrojarse Sara apretó fuertemente el brazo de su prima y le dijo:

— Mira, allí está!

— ¿Quién? Teodoro? No sabia que hubiese vuelto á la aldea. Y tú, hipocritilla, creo que no lo ignorabas...

— Allí está, contestó Sara, con su compañero, el comparsa de la parte contraria, como tú lo llamas.

Sofía proruró sonreirse pero no le fué

me súbitamente en las regiones hiperbóreas con un frío de treinta grados bajo cero. Sobrecogida mi imaginación, parecíame pasearme en las llanuras de nieve de los países árticos, y añelaba el momento de tenderme sobre los helados tapices del polo! Poco á poco, sin embargo, trastornada mi cabeza por aquella continua sacudida, se desvaneció y sin el brazo de Hans, en más de una ocasión me habría destruido el cráneo contra la pared de granito.

No he conservado, pues, ningún recuerdo preciso de lo que pasó en las horas siguientes. Tengo una confusa reminiscencia de las detonaciones continuadas, de la agitación de las masas y del movimiento giratorio. La balsa ondó sobre olas de lava, en medio de una lluvia de cenizas; evolvíronnos las llamas; un huracán, que parecía producido por algún venturador inmenso, activaba los fuegos subterráneos. Por última vez me pareció que en el rostro de Hans se reflejaba el fulgor del incendio; y solo experimenté ya sea un estado siniestro de los condenados á quienes se sujeta en la boca de cañon para que al salir la bala, disperso sus miembros por el aire.

XLIV.

Cuando abrí los ojos, oprimame la cintura la vigorosa mano del guía, quien sostenía con la otra á mi tío. Yo no estaba herido gravemente, sino como agarrado por una curvatura general de todo mi cuerpo.

Encontréme tendido en la vertiente de una montaña, á tres pasos de un abismo, en el que hubiera caído al menor movimiento.

salían de la sábana líquida unos grupos de islotes, tan numerosos, que simulaban un vasto horniguero. Hacía poniente, divisábase unas lejanas costas que se redondeaban en el último confín del horizonte; en unas se perlaban montañas azules de arduosa conformación; y otras, más apartadas, aparecía un cono prodigiosamente elevado en cuya cima se agitaba un penacho de humo. Por la parte del Norte brillaba una inmensa extensión de agua, herida por los rayos solares, destacándose acá y allá la extremidad de un mástil ó la convexidad de una vela hinchada por el viento.

La impresión producida por semejante espectáculo centuplicaba sus maravillosas bellezas.

— ¿Dónde estamos, dónde estamos! repetía yo á media voz.

Hans cerraba los ojos con indiferencia, y mi tío miraba sin comprender.

Sea cual fuere esta montaña, dijo al fin, hace poco de calor; las explosiones no cesan; y no valdría la pena de haber escapado de una erupción para que nos rompiera la cabeza algún pedazo de roca. Vamos á bajar y sabremos á que atendernos, pues, por otra parte, me muero de hambre de sed.

Decididamente, el profesor no era un espíritu contemplativo. En cuanto á mí, olvidado la necesidad y las fatigas, hubiera permanecido en aquel sitio durante largas horas; pero fué preciso seguir á mis compañeros.

(Continuad.)

posible. Oyó la misa, abismada en una profunda meditación interior, y como entre sucesos veía el altar, la multitud de rodillas por encima de ella las expresivas fisonomías de los estudiantes, quienes queriendo hacerse notar de Sara volvían la mirada á cada momento hacia donde ella estaba.

Sara salió de la iglesia llena de plácida alegría. No diremos que había oído misa con devoción; pero su puro corazón se elevaba hacia Dios, agradeciéndole el haber visto al que llenaba todos sus pensamientos de la vida. El efecto inocente de una niña no es por ventura un sentimiento tan bello que merece que los ángeles mismos lo aplaudan? No es un himno de dicha ofrecida ante el trono del señor con la ingenua confianza de la mujer caudorosa que, cuando ama verdaderamente, acierta á orar?

(Continuará.)

INSERCCIONES.

QUIEN LO CREYERA!

El penúltimo correo de Bogotá nos trajo el Mensaje inesperado que el Ciudadano Presidente de la Unión dirigió al Congreso, el 27 del pasado abril, "sobre varios puntos relacionados con la cuestión religiosa, bajo su aspecto legal." La lectura de tal documento produjo en los liberales de doctrina y no de nombre el efecto que causan las ilusiones perdidas ó la más alta traición. Vese que se trata nada menos que de hacer estéril la costosa victoria alcanzada en mil campos gloriosos de batalla sobre los eternos é implacables enemigos de la libertad y del progreso. Trátase también de justificar en cierto modo la más inicua de las revoluciones que han conmovido hondamente á nuestra desgraciada Patria y que la ha atrasado medio siglo en la senda de felicidad y adelanto por donde con rapidez seguía.

¿Quién habría pensado que uno de los más notables hijos del Cauca, elevado á la más alta posición política por el unánime voluntad de los Estados, fuera el llamado á implorar del Congreso de 1878 la derogatoria de las más trascendentales leyes expedidas por el de 1877?

¿No fueron las leyes 8^a, 35 y 37 exigidas fuerosamente por la Nación, como la más justa represalia contra los que la ultrajaron vilmente? ¿Es, por ventura, el partido liberal una masa de idiotas ó de autómatas sin criterio ni principios para esperar de él, después de derramar su sangre en los campos de batalla, el más inconscito perdon!

El más ignorante de los Colombianos no sabe con evidencia que la sangrienta revolución de 1876 y 1877 fué el resultado de la labor antievangelica de la mayor parte del clero encabezado por los Obispos de Popayan, Pasto, Antioquia, Medellín y Pauplona! ¿No fueron los tiempos los primeros cuarteles en que se alistaron, bajo el nombre de *católicos*, los soldados revolucionarios? ¿No fueron los obispos y clérigos los más activos jefes de la nueva cruzada contra el liberalismo, y no hicieron de los pulpitos y confesionarios las tribunas y palenques de sus más encarnizados ataques al Gobierno y á la libertad? ¡Aí todo lo espuesto es tan evidente como la existencia de la luz ¡por qué pretender tan pronto la repetición segura de los mismos hechos!

No sabemos si es terror ó ira lo que nos inspira el pensamiento de volver á ser testigos de los escándalos que á nombre de la religión, que no hemos pretendido atacar, tuvieron lugar en la República entera y especialmente en el Cauca.

Por fortuna los representantes de la Nación, dignos del puesto que ocupan en el Congreso actual, no tendrán la debilidad ni de considerar el Mensaje á que venimos refiriéndonos.

Ellos tratarán de vindicar los ultrajes causados á la Nación, y á la vez reconocerán los sacrificios de los mártires, no serán indiferentes á las lágrimas y miseria de tantos huérfanos, inválidos y viudas, víctimas de la ambición del clero ultramontano y de un partido feroz y sin bandera!

Es seguro que el actual ministerio ejecutivo nacional no se habrá hecho la triste ilusión de que los Obispos, el clero y los fanáticos conservadores, al ser perdonados por el Congreso de 1878, se tornen los unos en verdaderos pastores de su grey y los otros en buenos ciudadanos. Si así fuera no estarían todos ellos conspirando contra el Gobierno desde las lejanas playas de los mares. Todos sabemos que ellos han tratado y tratan de *rejenerar* á Colombia. Quieren, mejor dicho, *hacerla dejenerar*, pues el progreso de ella los ofusca como la mucha luz. Tan cierto es lo que afirmamos que en el mismo Mensaje presidencial hallamos consignadas estas palabras:

"La lucha entre el pasado y el presente,

entre las ideas modernas y las ideas antiguas, comiencen más ó menos, en la época presente, el fondo de todas las sociedades; y natural es que la nuestra haya sentido por más de medio siglo y sienta aun en lo futuro los efectos de ese jeneral contraste. Esta es la causa eficiente de todas nuestras convulsiones, de todas nuestras guerras y de todas nuestras desgracias, que no pueden imputarse de un modo absoluto á nuestra raza, ni especialmente á nuestros hombres, y que al fin nos dara en moralidad, en riqueza y en cultura más de lo que nos ha hecho perder en la penosa transformación social que está operándose actualmente."

Preguntamos ahora: ¿Cuál ha sido esa lucha entre el pasado y el presente y entre las ideas modernas y las antiguas? Si no se ha perdido la memoria contestará cualquiera que ese pasado y esas ideas antiguas han estado, por decirlo así, encarnados en el clero ultramontano y en el retrogrado partido conservador: de aquí la natural alianza entre esos dos representantes del retroceso y de la barbarie; de aquí el deseo que ambos han tenido para hacernos retroceder á los memorables tiempos de la Edad Média; de aquí la oposición al verdadero establecimiento y desarrollo de los principios republicanos que reconocen, sobre todo, las libertades del ciudadano; de aquí los anatemas de todos los ajentes de la curia romana contra los apóstoles del liberalismo bien entendido; de aquí las continuas convulsiones y guerras en Colombia; de aquí, la oposición sistemática á la instrucción del pueblo, sobre cuya ignorancia se ha tratado de levantar y establecer un poder teocrático y opresor, y de aquí, en fin, la sangrienta revolución que estalló en 1876 y de cuyos funestos resultados se resentirá la República por muchos años.

¡No se nos diga que somos apasionados. Eche una mirada hacia las Repúblicas Sud-americanas y hacia el otro lado de los mares, y se verá que ese mismo pasado y esas mismas ideas han sido y son el origen palpable de las convulsiones y guerras de las Naciones. Allí está la historia refiriéndonos los mismos hechos. Diganlo si no el Ecuador, el Perú, el Paraguay & España, la Francia, la Italia, Méjico & el Presidente de Colombia y sus Secretarios no ignoran esto, puesto que en el aludido Mensaje reconocen "la lucha entre el pasado y el presente" y entre las ideas antiguas y las modernas."

No sólo natural, justo ha sido, es y será que los Gobiernos que profesan y sostienen las ideas modernas hayan tomado y tomen las medidas convenientes, ya para vencer en esa lucha, ya para evitarla en el sucesivo. ¡Eso es lo que en Colombia se ha procurado al expedir las leyes 8^a, 35 y 37 ya citadas, con tanta mayor razón cuanto los Obispos y ciertos Sacerdotes, olvidando su angusta y evanjélica misión, han sido, son y serán los más encarnizados enemigos de esta República.

Comprendemos muy bien que es magnánimo y noble el perdón que el vencedor otorga al vencido, y esto es lo que ha hecho siempre el Gobierno liberal. ¡Hoy no se ve á los más conspicuos cabecillas de la última revolución paseándose libremente y hasta sacando provecho de ella, comprando por medio los bien ganados sueldos de los defensores de la ley! Pero estos cabecillas al menos perdieron, si no todos, muchos de sus intereses, cuyo pago, como era justo y de esperarse, no la reconocido ni debe reconocer la Nación.

Ahora: la magnanimidad del Gobierno no debía ser tan ilimitada con aquellos que, abusando de su poder sobre las conciencias, se convirtieron de pastores en lobos ferozes, lanzando por donde quiera maldiciones y excomuniones á los que no pensaban como ellos. Se cree por ventura que ellos volverían de su destierro á colaborar con el Gobierno en la obra de reparar los males de la Patria! ¡Funeato error! Volverían, sí, pero con más rencor y encono que antes, á maldecir al liberalismo, á lanzar anatemas contra la Instrucción pública, á revivir los odios entre la comunidad, á turbar la paz de las familias, á los niños de los templos, á establecer nuevamente las *católicas*, en fin, volverían..... á buscar el desquite en otra nueva cruzada, en otra nueva revolución. Pero no esas leyes, exigidas por un clamor jeneral, no se derogarán, como sabiamente lo ha acordado ya el Senado en sesión del día 4 del presente. No volverán esos Obispos, no veremos más peregrinaciones, ni más lazariatas, ni más banderas ó estandartes, ni oiremos más maldiciones lanzadas de los pulpitos.... ¡Si! la deseada *rejeneracion* no vendrá tal como se quiere hasta por muchos de nuestros grandes hombres.

Las luchas del pasado han dejado en el alma dolorosos recuerdos, pero á la vez han quedado elocuentes lecciones para el porvenir: no las olvidemos y estemos por lo mismo listos para oponernos á que se

lleven á efecto ideas como las del memorable Mensaje.

Es preciso que nuestros hombres públicos, olvidando ciertos hechos pasados y cumplidos en la Nación, no se preocupen tanto por su propio interes ni busquen desde ahora simpatías y opinion en sus enemigos políticos para poder asegurarse una elección ó un nombramiento. Esto no los honra; por el contrario, pierden la opinion y simpatías de sus verdaderos amigos: la Nación sabe, por su parte, premiar á sus buenos y leales servidores, cuando los llega el turno.

Concluirémos este artículo excitando á todas las democráticas, á todos los liberales á protestar solemnemente contra el Mensaje de 27 del pasado, ya por que la mayoría de la Nación no está de acuerdo con las ideas en él emitidas, ya por que se manifiesta una especie de temor á los vencidos, ya por que se trata de hacer estériles los sacrificios de la República y ya, en fin, por que las sombras de tantos héroes se levantarán de sus losas á pedirnos cuenta del provecho que hemos sabido alcanzar por sus martirios.

C. VERO.

De "El Programa Liberal."

CRÓNICA LOCAL.

La Gobernación de la Provincia nos ha enviado para su publicación, el siguiente decreto que la Convencion Nacional ha espedido sobre establecimientos de Bancos.

LA ASAMBLEA NACIONAL

CONSIDERANDO:

1^o Que es necesario remover los obstáculos que impiden la creación de Bancos en la República:

2^o Que es deber de la Legislatura favorecer la industria y el comercio, dictando leyes que faciliten las transacciones mercantiles; y

3^o Que es preciso dar al público suficientes garantías contra la emisión de billetes que hacen los Bancos;

DECRETA:

Art. 1^o Los Bancos de emisión, circulación y descuento se establecerán en la República, de conformidad con las prescripciones de la presente ley.

En consecuencia, la emisión de billetes, vales, pagarés ú otros documentos á la vista y al portador, que no estuviere autorizada por la ley, queda prohibida y sujeta á la misma pena que la falsificación de billetes de Banco, sea cualquiera la persona, sociedad ó corporación que los emita.

Art. 2^o Los estatutos del Banco que se quiera fundar, serán sometidos á la aprobación del Poder Ejecutivo, quien la otorgará si los encontrase arrojados á esta ley.

Art. 3^o Ningun Banco podrá comenzar operaciones antes de tener en caja el cuarenta por ciento de su capital nominal.

Art. 4^o Llenados los requisitos exigidos por los artículos anteriores, puede el Banco comenzar sus operaciones, conformándose en todo con la presente ley.

Art. 5^o La emisión de billetes no podrá exceder del triple del capital real, consignado por los accionistas en moneda metálica efectiva. Todo exeso en la emisión se aplicará al Fisco, como multa, á mas de recoger los billetes.

Art. 6^o No se podrá emitir billetes, cuyo valor sea menor de un peso.

Art. 7^o Los Bancos señalarán cuatro horas diarias, á lo menos, para cangear sus billetes por moneda metálica.

Art. 8^o Presentado un billete al Banco que lo emitió ó á sus sucursales para que sea cambiado por moneda metálica, lo será precisamente sin escusa ni evasiva alguna, bajo la multa á que se refiere el art. 23.

Ningun portador de billetes que los presente al cambio, podrá ser obligado á recibir mas de cinco pesos en moneda de cobre, sea cual fuere la cantidad que quiere cambiar con metálico de plata ú oro; y aun aquella cuota no será forzosa en las cantidades que no excedan de cien pesos.

Art. 9^o Todo accionista es responsable con el valor de su acción ó acciones, por las operaciones del Banco.

Art. 10^o Todo Banco tendrá un fondo de reserva, al cual se destinará, fuera de lo que designen sus estatutos, la mitad de la ganancia líquida anual, despues de deducido el dividendo del doce por ciento por la porción entregada por los accionistas.

Este fondo está destinado:

1^o A reparar las pérdidas del capital social; y

2^o A completar, cuando el Directorio lo crea conveniente, el dividendo del doce por ciento anual por las cuotas entregadas por los accionistas.

Los accionistas que hubieren tomado indebidamente el fondo de reserva, serán castigados con una multa igual á la cantidad indebidamente tomada.

Art. 11^o Cesa la responsabilidad del accionista ó accionistas, por venta que hicieren de su acción ó acciones; pero el Banco cuidará que el comprador de ellas sea persona abonada y de capital suficiente para responder por el valor transferido.

Art. 12^o Las acciones de los Bancos no podrán servir para garantizar contrato alguno, con el valor de ellas, en el mismo Banco, ni son embargables sino en el caso del Código de Comercio.

Art. 13^o Es prohibida á los Bancos toda operación que no sea compra-venta de oro ó plata sellada ó sin sellar, de créditos ó de letras de cambio, depósitos, descuentos, préstamos á plazo y adelantar dinero sobre cargamentos asegurados. Además se les prohíbe:

1^o Tomar parte directa ó indirecta en empresas industriales, y aun en mercantiles diferentes de las negociaciones antes indicadas;

2^o Adquirir propiedades inmuebles que no sean estrictamente necesarias para la fundación ó servicio del Establecimiento.

Art. 14^o Los gerentes, cajeros y administradores de los Bancos no pueden negociar con el establecimiento, ni servir de garantes, respecto de las obligaciones que se otorguen á favor del Banco.

Art. 15^o Los Bancos estarán bajo la dirección é inspección de su Directorio, nombrado de conformidad con lo que prevengan sus estatutos.

Art. 16^o Los directores del Banco cuidarán de que no se infrinja esta ley ni los estatutos del Establecimiento.

Art. 17^o La administración del Banco dirigirá mensualmente al Gobierno Supremo el estado del establecimiento, para que sea publicado en el periódico oficial.

Art. 18^o El Gobierno, por medio de sus agentes, vigilará las operaciones de los Bancos, y en especial la emisión y cambio de billetes, y si encontrare que se han quebrantado las disposiciones de esta ley ó de los estatutos, impondrá multas de ciento á quinientos pesos, y mandará exigir la responsabilidad por el Juzgado de Comercio.

Podrá, además, el Gobierno, cuando lo estime necesario, ordenar que se formen arques de las cajas y contabilidad de un Banco, á fin de ponerse al corriente del estado y decretar la suspensión de las operaciones cuando de la diligencia resultare que no cuenta con los fondos necesarios, según lo dispuesto en esta ley.

Art. 19^o Toda reforma que se haga en los estatutos debe ponerse en conocimiento del Supremo Gobierno, y se someterá á las mismas formalidades con las cuales se fundó el Establecimiento.

Art. 20^o Los Bancos establecidos, y que en adelante se establecieren, pueden poner sucursales donde les convenga, quedando obligados en todo de la misma manera que el establecimiento principal.

Art. 21^o Los Bancos existentes quédan sujetos á la presente ley, incluso el Banco del Ecuador, en todo cuanto no se oponga al contrato que aprobó su fundación.

Art. 22^o Los Bancos pagarán sólo la contribución general del uno por mil, sobre todo el capital de billetes emitidos.

Art. 23^o La pena del artículo 18 podrá tambien imponerla el Gobernador de la provincia, el Juez de Comercio, ó el Comisario de Policía del lugar en que exista el Banco ó la Sucursal, en los casos de los artículos 8, 17 y 20.

Art. 24^o Toda demanda contra el Banco, ó de éste contra sus deudores, sobre operaciones bancarias, será ventilada ante el Juez Consular de Comercio, de conformidad con las leyes.

§ Unico.—Las demandas que en la actualidad se hallen pendientes en los Juzgados ordinarios, serán resueltas por los mismos jueces ó Tribunales que estuviesen conociendo de ellas.

Art. 25^o Las disposiciones del Código de Comercio se aplicarán en todo lo que estuviere espresamente determinado por la presente ley y no fuere contrario á ella.

Art. 26^o Queda derogada la ley de 3 de Noviembre de 1871.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento.—Dado en la Sala de Sesiones, en Ambato, á 31 de Mayo de 1878.—El Presidente de la Asamblea.—José María Ureña.—El Secretario; J. Gómez Carbo.—El Secretario, Agustín Nieto.—Ambato, Junio 4 de 1878.—Ejecútese.—I. DE VEINTEMILLA.—El Ministro del Interior, encargado del despacho de Hacienda, Julio Castro.—Es copia.—El Jefe de Sección, Vicente Cruz.

El señor Coronel Ramon Negrete, se halla entre nosotros y en el seno de su familia, despues de haber desempeñado en Ambato las complicadas tareas de su destino. Saludámoste muy cordialmente.

Teatro.—Por falta de espacio no podemos ocuparnos de la función del miércoles. En nuestro próximo número diremos algo sobre el particular.